



ASIR

REVISTA DE LITERATURA

¿ES INEVITABLE LA EDAD DE LOS IMPERIOS? — W. LOCKHART
SOBRE UNA REFLEXION DE COSIO VILLEGAS — H. M. ALMADA
UN MUNDO NOVELESCO — DOMINGO L. BORDOLI

LITERATURA EJEMPLAR: EL ESTILO DE RODO
BUEYES PERDIDOS — GUIDO CASTILLO

DOS POEMAS — ALFREDO DE LA PEÑA

POEMAS — LUIS V. SOSA

NATURALEZA MUERTA (Cap. de «La Vida Breve») — J.C. ONETTI
BOLICHERO — JULIO C. DA ROSA

ENTRE LIBROS NUESTROS — COMENTARIOS

PAGINA MERCEDARIA — NOTAS

NOTAS SOBRE LA ILIADA (Página para el estudiante)—G. C. y D. L. B.

21

ABRIL 1951

MERCEDES — URUGUAY

BOLICHERO

por
Julio C. Da Rosa

Si había un hombre con ganas de ser bolichero, ese hombre era Fleitas. Casi había envejecido con aquellas ganas.

—¿Y el boliche, Silverio?

—Va diendo, va diendo...

Pero no iba nada. Todo el mundo lo conocía por bolichero, pero nadie le conocía boliche. Claro que tampoco le importaba mucho el asunto. A unos les da por ser bolicheros y a otros por ser curas. La gente es así y este Silverio era medio particular, pero gente. Le vino por ese lado y nada más.

Para Juárez era distinto, porque él hacía años que le venía haciendo costado. Habían tenido sus cosas juntos y decía que abrigaba la pretensión de conocerlo como ni el mismo Silverio se conocía. No podía verlo agarrado a tan poca cosa, teniendo el mundo por delante. Por eso, había forcejeado hasta el último, para torcerle el rumbo.

—Positivamente hablando, ese no es destino pa un hombre liberal como vos.

—A mí ya m'hicieron destinau, ché.

A veces se fastidiaba de encontrarlo tan duro. Hacía tiempo que lo conocía y siempre con aquello metido en la cabeza. Entonces lo empezó a asociar en cuanto «viaje» le fué saliendo.

—Pa ventiarlo un poco, a ver si agarra triyo.

Hasta a la frontera lo había llevado. Y por cierto, bien contrariado. Porque Juárez era hombre de gustarle andar en su oficio a la luz del día. Pero ni así. Silverio ya tenía su trillo hecho.

Desde muy nuevo, le venía picoteando aquella idea del boliche. Tal vez desde el primer día que pisó en uno. Que fué por la época en que estaba en lo de Arostegui. De peoncito para las casas: picar leña, acarrear agua, ayudar a las mujeres en la cocina. Y peoncito para cualquier cosa, porque al fin hacía de todo. Justamente una de las cosas que venía a hacer, era ir al boliche. La primera vez y casi siempre, mandado: muchas veces, después de la primera, por ir no más. Por el camino y a caballo, quedaba una vuelta bárbara; por adentro del campo un saltito, pero a pie. Cuando iba mandado, rodaba y así tenía tiempo «en pila». Pero cada vez que podía, en cualquier rejunte de mancarrones o arrime de lecheras, se hacía una disparadita a voluntad. Real que agarraba: allá iba a parar de a vintenes.

—Me dá ese docentésimo de caramelo.

Los caramelos hasta en cara le daban; pero eran el pretexto más barato. Después buscaba un rincón para disimular el bulto donde nadie

lo tropesara. Allí quedaba colocado como para darles gusto a los ojos. Gusto a discreción, mirando aquel mundo increíble de cosas tan nuevas, tan limpias y tan bien acomodadas.

—Aquello descansaba las vistas.

Y le iba limpiando el alma del otro mundo que él llevaba adentro; el único que conocía, porque era donde había nacido y se estaba criando. El mundo de los galpones «jediendo» a perro y a orín de caballo; chorreando guasquerío reseco y telas de araña. Y de las cocinas con olor a fregón, hirviendo de moscas y tapadas de hollín y cenizas. Se le iba borroneando hasta hundirsele sustituido por el que tenía enfrente. Entonces empezaba a figurarse estando allí adentro, hecho un dios. Mire que era lindo aquello!

—Lindo que dab'hasta lástima!

Aparte de todo, tenía aquel olor que a él le gustaba «como la gran siet». Sólo el cajón del turco Hilario viejo y el boliche, tenían un olor así.

—No es de nada y es de todo. Eso sí q'es ser un olor!

Cuando la voz se le fué engrosando, empezaron a darle algún domingo.

—Es tuyo hast'al oscurecer. Te das una vueltita por ahí, dispué te venís.

—Sí ee...

—Y si querés, te arrimás hast'el pueblito. Eso si querés... No tas obligau.

Estaba esperando explicación, cuando se le vino arriba aquella avalancha de risas relajadas que parecían relinchos. Le dieron miedo aquellas risas; pero más miedo, las caras que dejaban atrás. Nunca había visto a nadie reírse tan feo que asustara. Para no quedar en blanco, quiso contagiarse; hasta se dobló, buscando una carcajada medio parecida. Pero le salió un sonido estropeado: los ojos se le habían llenado de lágrimas y la boca de pucheros. Hasta mucho después, no se le había aclarado muy bien todo aquello.

Ya en el camino real, todavía pensó en la recomendación. Por más que le anduvo buscando, no le halló contrafuerte.

—Aquí tiene que haber interpretación —sacó en limpio. Y enderezó para el boliche. Tranquilamente—.

—Cáiste justito, guri. Tábano esperand'una pierna.

—Pierna!

—Ta claro; p'al truco.

—Yo no juego... No sé jugar...

—¿No sabés o no querés? ¡Aquí vas a saber y vas a querer. Porque te vamo a enseñar a saber y te vamo a enseñar a querer. Ah! t'enseñamo no má. Y si no aprendés, pior pa tu lomo!

El borracho era el rubio Nazario. Lo había ido embretando contra un rincón, mientras hablaba. Silverio se hacía chiquito, dispárándoles

a la amenaza y al tufo. Ya había abierto la boca para pedir disculpa, cuando vió a uno bolcarse como luz, por arriba del mostrador, revolver en mano. Era Juárez; en aquel tiempo un indiecito bastante gente, pero más callado que un difunto.

—No vé qu'es un chiquilín, baboso e'los diablo!...

El caño frío en los riñones, le heló la sangre al borracho. No precisó más para que buscara la puerta y se "pelara" refunfuñando.

Así empezaron a tratarse con Juárez. Hasta aquella ocasión sólo habían cambiado alguna que otra palabra. Después supieron que los dos habían estado «reventando» de ganas de tirarse la lengua. Se venían sujetando por respeto.

—¿Quién ib'a decir que dispué íbamo a ser como los chanco?

Enseguida trenzaron relación. Y a Silverio le vino bien aquella amistad. Una de esas cosas que llegan para colmo de algo. Aquí el algo, eran las ganas locas de bolichear que le habían ido naciendo a Fleitas. Cuando más que ganas, aquello ya era una comecón, se vienen a topar con Juárez. Le gustó para amigo; pero empezó a darse cuenta que lo preocupaba menos eso, que plantearle lo otro. Ocasiones estaba lejos de la conversación, madurando la forma de pedirle aquel servicio. Cuando las cosas cuadraron, lo tanteó:

—Francamente t'envideo.

—¿Por?

—¿Por? Je. ¿Y te parece poco, dependiente a tu edá?

Juárez le largó la risa, pero medio picado. Primero se supuso que lo quería farriar; después, que era de ignorante no más y que lo mejor era hacerlo sentir en carne propia. De paso, pensó que podría servir y que de repente lo dejaban en su lugar, poniéndolo a él en algo que no pudiera tanto. Le ofreció probar. Pero después que probó, no lo arrancaban ni a fuerza de buey, del boliche. Se pasaba allí, comidiéndose para todo.

Una tarde estaba a sus anchas. Habían quedado solos con Juárez y él había tomado cuenta. Hasta lápiz atrás de la oreja se había puesto. Derrochaba habilidades a diestra y siniestra, cuando se le acercó un morenito cara de hambre, más o menos de su edad.

—¿Qué desiaba el señor?

El morenito cara de hambre levantó una bolsa llena de porquerías.

—Manda decir don Arostegui, dice que se dej'estar no má que ya tomó pión...

Respiró para seguir:

—El pión soy yo y aquí le traigo sus cosas. Y que le vaya bien, dice.

Le vinieron ganas de agarrar a aquel mal alimentado y hacerlo tragar lo que había dicho con bolsa y todo. Pero vió claro que la cosa venía preparada desde arriba, para hacerlo pasar un calor delante de gente. Todo: desde la retahila llena de «dobles», hasta la bolsa acribillada; como para que por los agujeros se pudiera ver el "cascarriaje" que llevaba adentro.

—Dígalés a todos los «aros» y «teguis» juntos, que se vayan a la

Cuando se encontraron de nuevo, Juárez ya era hombre de mucho camino hecho. Se entendieron para seguir juntos y siguieron juntos. Fué a poco de estas andadas, que Juárez vino a descubrir que no tenía compañero para tiempo cierto. Y que pensó en irlo trabajando; especialmente mostrándole mundo. Lo pascó por todo el departamento. Un hombre bárbaro para caminar.

—Si posibl'es hoy haciamo noche en la Charquiada, mañana tábano e'baile en la Isla Patrulla.

Una punta de años, alcanzaron a andar así. Juárez con su intención, Fleitas con la suya. Cada tanto en tanto se ponían a hablar de las cosas grandes de esta vida. Y entre las cosas grandes, estaba aquello d' haberse conocido, lo otro, lo de aquí, lo de más allá. Queriendo y no queriendo entraban al tema.

—Lástima tu emperramiento...

Tocaba Juárez, medio esperanzado por las coincidencias en lo demás.

—Y a todo esto, ¿cómo qué horas andan siendo?

Salía Fleitas, buscando abrirse.

—La sinfinidad de cosas que haríamo juntos!

—Qu'embromar...

Viendo que era cosa seria, se puso a sacarle filo a la pregunta definitiva. Tiempo, le llevó. Era la última carta. Un día se la largó sin decirle va.

—Bueno, contestame duro viejo; pero sin mosquiar, eh! Aquí te quiero ver: si por evento te diesen a elegir entre chofer y bolichero. ¿qué me contás? Jate bien. Chofer es la cosa!

Fué cuando se le entregó:

—Pero hermano! ¿Vos sabés lo qu'es esto y lo qu'es aqueyo? Que saque, que pese, qu'embuelba, qu'eché mano y apunte, que de qué se sirve, que... qué sé yo! ¿Me vas a decir qu'eso no es vida?

Lo soltó medio aturdido y con aquella sarta de disparates zumbándole en la cabeza. Desde esa vez lo largó de mano.

—No pude con la vida d'él.

Con Juárez había aprendido mucha cosa. Pero aprendido no más. Era un hombre que no dejaba levantar cabeza a nadie a su lado, con aquel modo de ser. Después que se abrieron, Fleitas rumbeó hacia las caídas del Olimar. En las idas y venidas con aquel mata caballo, le pareció notar que el chacerío cargaba más para aquella zona.

A la rinconada de Calero llegó con un rastrón lleno de cachivaches, mujer, media docena de gurises y una chancha mora criada guacha. Era todo lo que había sacado de las medianías. Ni caballo; porque el que cinchaba el rastrón era ajeno.

El viejo Calero precisaba uno para que le cuidara aquella vuelta

del campo; más que nada, de los caponeros de la sierra. Una quebrada sucia que daba asco, infectada de cuervos y cruceras. Ofrecía chacra en un bajo carquejudo y una oveja vieja por mes, libre de cuero y lana. Silverio planteó sus condiciones y se entendieron.

Cuando terminó los ranchos, hasta enramada había hecho. Una mañana temprano enlazó la chancha mora a media espalda y desapareció con ella de tiro sin dar razones. Volvió a la tardecita con dos bolsas hasta los topes. Traía surtido para meses.

Amaneció tomando mate y mirando para adentro. No podía creer que tuviera enfrente aquel estante repleto de cosas nuevitas, oliendo a holiche. Llamó a la mujer y la puso al tanto:

—Bueno, usted y los gurises se las van a entender con la güerta y demás. Yo con esto, tengo pa rato.

Lc hizo seña para que entrara y la esperó detrás del mostrador de blanquillo labrado.